

LA TRAGEDIA DE TLAXCALANTONGO *

Por Manuel GONZÁLEZ RAMÍREZ

• Hoy mismo o mañana, a más tardar, emprendo mi viaje para la ciudad de México donde tendré el gusto de recibir sus apreciables órdenes. Si me es dable votar en Sonora o en cualquier otro punto de la frontera, haré viaje especial para hacerlo en favor de Ud., lo que me proporcionaría la mayor satisfacción.

(Carta de Ignacio Bonillas a Álvaro Obregón)

"Es muy extraño que un grupo de militares que, como ustedes, invocan la lealtad y el honor y que acompañaba al ciudadano Venustiano Carranza, con la indeclinable obligación de defenderlo hasta correr la misma suerte, máxime que sabe toda la nación que son ustedes precisamente los más responsables en los desgraciados acontecimientos que han conmovido a la república durante las últimas semanas y que ayer tuvieron el lamentable desenlace de la muerte del ciudadano Venustiano Carranza"...

"Solamente los firmantes del mensaje a que me refiero son treinta y dos militares y un civil, número más que suficiente, si hubieran sabido cumplir con su deber para haber salvado la vida del señor Carranza, si es, como ustedes lo aseguran, que se trata de un asesinato; y tengo derecho a suponer que ustedes huyeron sin usar siquiera sus armas, porque ninguno resultó herido. Si ustedes hubieran sabido morir defendiendo la vida de su jefe y amigo, que tuvo para ustedes tantas consideraciones, se habrían conciliado en parte con la opinión pública y con su conciencia y se habrían ahorrado el bochorno de recoger un baldón, que pesará siempre sobre ustedes." Álvaro Obregón.

A sí como el clásico inglés en las tragedias que escribió acercaba y confundía la explosión de las pasiones de los hombres con el desbordamiento de los elementos naturales y acudía a la lluvia y a los truenos del cielo para formar el clima propicio dentro del cual esas pasiones estallaban, del mismo modo, en la tragedia de Tlaxcalantongo, se acercaron y confundieron los apetitos y las miserias humanas con la tempestad que abatió a la Sierra, e hizo más espesas a las sombras bajo las cuales fue asesinado el varón de Cuatro Ciénegas

Pero en Tlaxcalantongo hubo traición de ex federales, e isócronamente don Venustiano Carranza fue abandonado por los suyos. Cándido Aguilar, que había preparado la recepción entusiasta para cuando llegara el Presidente al Estado de Veracruz, al defecionar el general Guadalupe Sánchez, esperó, no avanzó con dirección al convoy presidencial a fin de prestarle apoyo, retrocedió y acabó por refugiarse en Zongolica.

Si acaso solicitó autorización de los vendedores con propósito de alcanzar al señor Carranza, entrevistarle y tratar de convencerlo de la inutilidad de su resistencia. Claro que el permiso se estuvo en voluntad de darlo, pero a condición de que, una vez cumplido el objeto de la entrevista, Cándido

Aguilar se presentara ante las autoridades a depurar su virtual responsabilidad, por los sucesos que estaban desarrollándose en el país. Entonces Aguilar dio por callada la respuesta.

Por su parte, Mariel, al separarse de la comitiva por razones de servicio, o como lo sospechan algunos, porque estaba en connivencia con Herrero, Mariel también abandonó a Carranza y prácticamente lo dejó correr su suerte. Como lo dejaron los que en la caravana, bautizada de la lealtad, pernoctaron en Tlaxcalantongo y durmieron la noche del 21 de mayo dentro de los jacales del humilde poblado.

No parece explicable la confianza a que se entregó la comitiva, integrada por militares avezados como eran los principales hombres de la comitiva, que descuidaron detalles fundamentales y que quedaron al arbitrio de Herrero. Los puestos avanzados fueron designados por Rodolfo; los sitios en que recibieron aposento los acompañantes del señor Carranza igualmente quedaron señalados por Herrero. Como si los hubieran soldado a los jacales, así se quedaron los de la comitiva, pues aun suponiendo que hayan entrado en sospechas porque Herrero se ausentó del campamento, fue lo cierto que no cambiaron de lugares, no relevaron a las guardias, ni reanudaron la marcha para evitar sorpresas.

Militarmente quebrantaron disposiciones esenciales para la seguridad de un campamento, de una columna en marcha, y

* Del libro en prensa: *La Revolución social de México*. Col. Vida y pensamiento de México. Fondo de Cultura Económica.



de la preservación de la vida de un presidente. En las diligencias judiciales de investigación militar, que se iniciaron con posterioridad, descargaron esta responsabilidad en el señor Carranza, haciendo aparecer que, con el consentimiento de éste, Herrero pudo señalar los puestos avanzados y distribuir a los de la comitiva.

Pero, insistimos, parece incomprensible que así se comportaran soldados de tanta experiencia que no se pusieron en guardia por el hecho de que Herrero se hubiese rendido en marzo (1920) después de varios años de vida trashumante en los que combatió a Carranza y a los constitucionalistas. O dicho con otras palabras: no repararon que Herrero, que había combatido a don Venustiano, cuando Carranza estaba en el apogeo de su poder no podía constituir garantía de seguridad en esos momentos de desgracia y fuga. Tampoco es satisfactorio que la confianza depositada en Herrero se originara sólo por la recomendación de Mariel, que lo presentó al señor Carranza y al general Murguía con exaltadas palabras.

De donde surge la hipótesis de que hubo otra razón para depositar la seguridad de la comitiva en Herrero. Razón que bien pudo ser el parentesco que ligaba al propio Herrero con Luis Cabrera. Por lo demás, la relación familiar la denunció Rodolfo Herrero hace poco tiempo. A su manera lo hizo Cabrera en mayo de 1920, cuenta habida del silencio que guardó ante lo que dijo su pariente. En efecto, a los tres o cuatro días siguientes a la muerte de don Venustiano Carranza, en una entrevista que le hicieron los periodistas acerca de los sucesos de Tlaxcalantongo, el antiguo ministro de Hacienda dio pormenores de la incorporación de Herrero a la caravana.

De acuerdo con el dicho de Cabrera, Rodolfo Herrero se acercó, lo saludó y le recordó que eran parientes. Si se aplica el proverbio de "el que calla otorga", don Luis otorgó el parentesco porque calló. Y si esto fue así, pues entonces queda configurada una explicación aceptable, por la que los fugitivos se entregaron a Herrero, tan dócilmente, que quedaron inutilizados para la defensa, y propiciaron, de ese modo, la catástrofe en la que perdió la vida el señor Carranza.

El destino había colocado a los acompañantes militares del varón de Cuatro Ciénegas para la entrega total. Pero esta

entrega no la dieron; fallaron en el momento crucial, e históricamente se tiene que condenar la deserción que frente al enemigo realizaron. Fueron ellos los que, a su tiempo, encargáronse de confesar el abandono en que dejaron a su jefe; y hasta alguien de ellos, horas después del asesinato, se dolía ante la suposición de que el señor Carranza hubiera muerto, pensando que quienes los acribillaban eran los hombres de su propia comitiva.

Bruno Neira dijo que en el momento del ataque no halló qué hacer porque estaba oscuro y que salió de su jacal pie a tierra. Agregó: "Todos se desbalagaron porque no había quien dispusiera nada"; para concluir con estas acusatorias palabras: "No, si había una desorganización completa".

Cabrera que durmió en la misma habitación que ocupaban Gerzayn Ugarte y el general Murguía se expresó en estos términos: "Serían las tres y media o cuatro todavía enteramente a oscuras cuando despertamos a los disparos y gritos de los asaltantes. Comprendimos que estábamos enteramente rodeados, y cada quien lo mejor que pudo buscó su salida. Por supuesto que nadie pensó en ensillar en esos momentos, sino que huimos a pie".

Lo siguiente resulta expresivamente complementario: "Los oficiales del general Murguía defendieron las puertas con pistola, mientras nosotros nos preparábamos y salimos, cada uno como pudo, todavía en la oscuridad". El uso del plural en un hombre como Cabrera, tan exacto y cuidadoso como fue en el lenguaje, correspondió a la verdadera situación que prevaleció en el jacal, esto es, los oficiales de Murguía realizaron la resistencia, mientras Cabrera, Ugarte y Murguía huyeron como pudieron, todavía en la oscuridad.

Lo anterior no fue óbice para que al general Obregón le replicaran por mensaje algunos de los militares carrancistas, asegurándole que todos (los de la comitiva) habían hecho la defensa; y que el general Murguía se batió en la oscuridad, valientemente rechazando a los traidores. La verdad fue que los de Herrero no sufrieron ningún contratiempo en el ataque a Tlaxcalantongo y que la traición la consumó sin que en la oscuridad se batiera Francisco Murguía.

El general no tuvo tiempo de pelear, ni en esos momentos dar muestras de su valor. Mas si en el telegrama de los mili-

tares carrancistas aquello se dejó asentado, fue porque de esa manera comenzaban a justificarse ante la opinión nacional. Por lo demás la siguiente fue la primera versión de su conducta que dieron a conocer horas después de la muerte de Carranza: "Estamos dispuestos a depurar nuestra dignidad militar comprobando el caso fortuito..."

Un caso fortuito ciertamente en el que, por lo que se relaciona con el señor Juan Barragán, según lo confesó, comportóse como los demás, o lo que fue lo mismo: que "pensando que todo estaba perdido y que él no podría dar una ayuda eficaz, *más cuando ni sabía como estaban las posiciones*, sin apresurarse, salió de su jacal y se dirigió fuera del pueblo, no sabiendo la muerte del señor Carranza, sino hasta unas horas después".

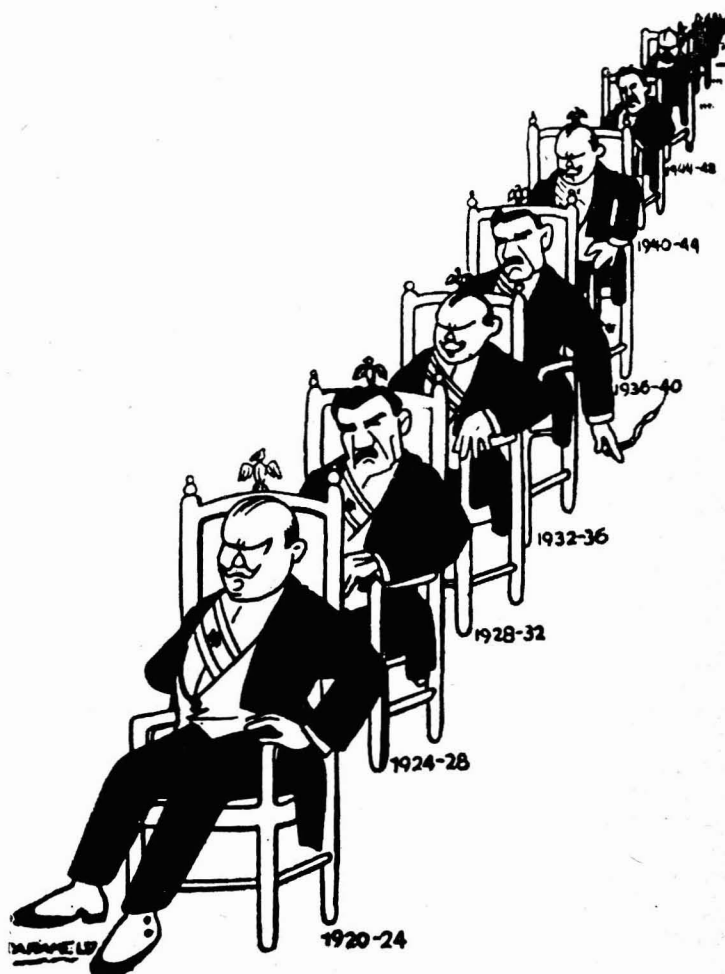
Si el general Barragán dejó pasar en Tlaxcalantongo una de las únicas principales oportunidades que tuvo en su vida de cumplir con una obligación estrictamente militar, según era proteger la existencia del presidente Carranza, al general Francisco Murguía, el caso fortuito lo sorprendió en comprometidas circunstancias. Declaró el mismo general que en la pieza en que estaba, dormían el licenciado Cabrera y don Gerzayn Ugarte, quienes lograron huir "mientras nosotros repelíamos el ataque del enemigo" ... "Nos aprestamos a la defensa, haciendo fuego con nuestras armas" ... "En el combate murieron mi asistente, que era el teniente Julián Ramírez y dos oficiales cuyos nombres no recuerdo".

Ahora bien, cuando el juez instructor interrogó a Murguía por qué no había auxiliado al señor Carranza, contestó con estas palabras: "Ya es tiempo de decirlo y voy a hablar. Cuando logré repeler el ataque del enemigo, habían cesado las descargas en dirección del jacal del señor Carranza, oyéndose uno que otro tiro. Además percibí gritos de ¡Viva Obregón! ¡Viva Peláez! ¡Ríndanse! y una serie de maldiciones. Pensé: *Están prisioneros o huyeron, y creí hacer un sacrificio inútil al aventurarme con nueve hombres que estaban a mi lado para auxiliar al Presidente, ya que todo había acabado allí; así es que procuré ganar la barranca, pasarla, y esperar que amaneciera para trasladarme a La Unión*".

Las confesiones anteriores quedaron corroboradas con el sobrio informe rendido al general Obregón por Octavio Amador, del Estado Mayor del señor Carranza (que además fue uno de los que dormían en el jacal en donde descansaba el presidente), que así se expresó: "A los primeros disparos tanto de las tropas de Murguía que se hallaba de guardia, alrededor del sitio, como las que estaban haciendo servicio de vigilancia en las avanzadas, huyeron. También huyeron todos los jefes y oficiales que formaban la comitiva del señor Carranza".

Y confirmadas con la amarga afirmación de Aguirre Berlanga que declaró que, en el momento del ataque, ningún militar se acercó al jacal que él ocupaba en compañía de don Venustiano Carranza.

Y con la dolorida consideración que a sí mismo se hizo el general Urquiza en el instante en que estaba haciendo guardia al lado del féretro: "¡Ironías de la vida! ¡Hacerle guardia al cadáver del Presidente, cuando no se nos ocurrió hacérsela en momentos en que hubiéramos podido servirle en algo, cuando pudimos, si no evitar su muerte por lo menos compartirla con él! Parecióme altamente ridícula aquella actitud nuestra; diome vergüenza hacer aquel último servicio militar; vergüenza y remordimiento. ¿Para qué todo aquello?..."



La sucesión presidencial, por Caramelo, en *Omega*, 1924.